

En nuestro calendario hay días suficientes para celebrar una gran cantidad de eventos y homenajear a muchos grupos de personas. Algunos de estos días son de sobra conocidos por todos como pueden ser el Día de las Madres o el de los Padres. En nuestro país los medios de comunicación masiva se encargan de recordarnos estas fechas con suficiente antelación para que podamos demostrar a nuestros progenitores cuanto les queremos y lo importante que han sido para nosotros. Sin embargo, otras festividades no son tan populares y caen en un olvido inmerecido. Este es el caso del Día de los Abuelos, una celebración a la que habría que darle la debida connotación para honrar, de manera especial en este día, a los mayores de la familia dándole las gracias por toda una vida a nuestro lado.

26 de julio: Día de los Abuelos

Consejo de Redacción de *Amor y Vida*

El próximo 26 de julio, día del calendario litúrgico en que la iglesia celebra la fiesta de los santos Joaquín y Ana, abuelos maternos de Jesús, es el día que en Cuba, al igual que en varios países de Latinoamérica, —algunos con distintas fechas—, celebramos el Día de los Abuelos.

Ser abuelo no es sólo motivo para festejar un día. A la luz de la enseñanza bíblica, la vejez se presenta como un «tiempo favorable» para la culminación de la existencia humana, permitiéndole de este modo comprender mejor el sentido de la vida y alcanzar la «sabiduría del corazón».

En nuestro país es de todos conocido el alto índice de adultos mayores que se encuentran viviendo solos, principalmente debido, entre otras razones, a las altas tasas de inmigración, alejados de sus hijos y nietos, sin posibilidades de un encuentro frecuente con los mismos. ¿Cuál será el consejo que estos hombres y mujeres darán, de acuerdo con su experiencia, a las nuevas generaciones que, inevitablemente, algún día alcanzarán la «edad de los recuerdos»?

La voz callada de esos ancianos responde a esa pregunta con el acento urgente del mandato divino: «Honra a tu madre y a tu padre». San Juan Pablo II lo dijo: «Donde el precepto es reconocido y cumplido fielmente, los ancianos saben que no corren peligro de ser considerados un peso inútil y embarazoso».

Xochitl Zepeda León escribe en el *Arte de ser Abuelo*, algo digno de ser compartido:

- Nadie puede hacer por los nietos lo que hace un abuelo.
- No es viejo aquel que pierde su cabello o su última muela, sino el que pierde su última esperanza.
- Cuando seas viejo en la carne, sé joven en el alma.

➤ Dicen que el tiempo pasa. No es verdad. Somos nosotros los que pasamos por él, y cada momento puede darnos fortuna si entendemos.

Ser abuelo es un arte que requiere aceptación de la persona, paciencia, amor y humildad que, por otra parte, son elementos esenciales para vivir con dignidad esta etapa de la vida.

Cuando una persona pasa a un segundo plano en el seno familiar, ya sea por su edad avanzada como por el surgimiento de un nuevo jefe familiar, no le resulta fácil dejar de ser cabeza en el hogar y reducir sus actividades drásticamente hasta convertirse en una simple voz auxiliar —de los hijos o de los nietos, cuando se lo permiten— requiere dosis de sensatez, cordura y preparación, que no se adquieren en las universidades, pues sólo se consiguen con la experiencia que brindan los años.

Los abuelos tienen mucha influencia en la vida familiar. Hoy por hoy, muchos de ellos atienden a los nietos, los cuidan con cariño y paciencia, mientras que sus padres salen a trabajar.

Sin embargo, algunos, al pasar los años sienten y viven el abandono y la soledad, debido, quizás a la falta de consideración de parte de sus hijos y nietos, y también porque muchos de ellos acusan cierto dejo por vivir la vida, el desinterés los aleja de la vida en sociedad y familiar.

Debemos recordar que todos tenemos familia o quizás desgraciadamente no la tenemos, pero eso no deja de lado el cariño que solamente la familia puede dar, nos ayuda a crecer y en ella aprendemos a ser felices.

El papel trascendente del abuelo.

Es importante recordar que el abuelo tiene un papel trascendental en la vida familiar.

Cuando somos pequeños, pasamos gran parte de nuestro tiempo compartiendo diversión y aprendizaje con nuestros abuelos, porque ellos con cariño y paciencia, siembran en nosotros el bien y la fe; además, son los primeros educadores en cuestiones religiosas, nos enseñan a persignarnos y a saber decir nuestros rezos.

La actual situación de crisis económica ha propiciado, cada vez más, que en los matrimonios tanto el hombre como la mujer se desempeñen laboralmente; en virtud de ello, reciben la ayuda de los abuelos para cuidar a sus hijos, contribuyendo así con su tiempo y dedicación a que los niños sigan sintiendo el calor del hogar.

El Concilio Vaticano II habla mucho de la familia y sus valores humanos cristianos. San Juan Pablo II, en el Jubileo de la Tercera Edad, en septiembre del 2000, nos dijo:

«El bienestar de la persona y de la sociedad está estrechamente unido a la situación favorable de la familia.

La familia es la escuela del más rico humanismo. Así la familia, en la que coinciden distintas generaciones que se ayudan mutuamente, constituye el fundamento de la sociedad. Gracias a los padres que preceden en el ejemplo y la oración, los hijos y los

demás que viven en el círculo familiar encontrarán, con más facilidad, el camino del sentido humano, de la salvación y de la santidad.

La convivencia en familia es necesaria para no sentirnos aislados. El abuelo cuyo deseo es ser útil a la familia, necesita ser escuchado, aceptado, comprendido y valorado.

En ocasiones existen barreras que nosotros mismos levantamos entre las personas, lo cual dificulta la convivencia en la familia; pero en medio de esta situación están los abuelos, procurando no echar más leña al fuego, no estorbar sino unir, sembrando la paz, la comprensión, sabiendo disculpar y sonreír.

La serena presencia de las personas de edad avanzada es una bendición para todas las familias y comunidades. Habéis trabajado duramente y por largo tiempo para legar a los jóvenes un mundo mejor. Quiera Dios que experimenten el respeto y la atención afectuosa de las personas que nos rodean. ¡Que Dios los bendiga siempre!

Deseo que vivan con paciente abandono los años que el Señor establezca para cada uno, siendo portadores de paz y alegría cristianas en vuestros hogares y comunidades, siempre dispuestos a dar razón de la esperanza que hay en nosotros, por la fe en Cristo, Nuestro Salvador».

En este Día de los Abuelos, procuremos hacerlos felices y que Dios nos de el entendimiento para valorarlos como se merecen todos los días del año.

¡Felicidades abuelos!

